

Escuela sabática de menores: **El reino invisible**

Esta lección está basada en Mateo 5:1-16, Lucas 6:17-26, El Deseado de todas las gentes, capítulo 31 y El discurso maestro de Jesucristo “Las Bienaventuranzas”.

Hoy estudiaremos el motivo por el cual el reino de Dios y sus secretos contribuyen a que seamos felices.

A Felices los pobres en espíritu.

- ❖ ¿Quiénes son los pobres en espíritu?
 - Es el hombre, pobre o rico, que se reconoce necesitado de aprender, de crecer, de ser perdonado.
 - El que, al sentirse pobre y desamparado, pone toda su confianza en Dios y acepta su voluntad.
- ❖ ¿Qué premio reciben?
 - De ellos es el reino de los cielos. Pues al aceptar la voluntad de Dios forman parte de su reino.
- ❖ “Los que comprenden bien que les es imposible salvarse y que por sí mismos no pueden hacer ningún acto justo son los que aprecian la ayuda que les ofrece Cristo. Estos son los pobres en espíritu, a quienes él llama bienaventurados” (DMJ, pg. 12).

B Felices los que lloran.

- ❖ ¿Quiénes son los que lloran?
 - Son aquellas personas que se apenan por el pecado, las injusticias y el sufrimiento de este mundo.
 - Los que se ven indignos y pecaminosos al compararse con Jesús. Esto los lleva al arrepentimiento y a pedir perdón.
- ❖ ¿Qué premio reciben?
 - Son consolados. Ya sea porque sus pecados son perdonados, o porque terminará el mal en este mundo, cuando Jesús venga por segunda vez.
 - Dios consuela, cura y fortalece a la persona que llora.
- ❖ “Dios no desea que quedemos abrumados de tristeza, con el corazón angustiado y quebrantado. Quiere que alcemos los ojos y veamos su rostro amante... Nos ha amado con un amor sempiterno y nos ha rodeado de misericordia. Podemos apoyar el corazón en él y meditar a todas horas en su bondad. El elevará el alma más allá de la tristeza y perplejidad cotidianas, hasta un reino de paz” (DMJ, pg. 16).

C Felices los mansos.

- ❖ ¿Quiénes son los mansos?
 - Son los que aceptan con humildad y obediencia la conducción de Dios.
 - La persona mansa soporta injusticias sin reaccionar con ira y abruptamente, sino con el debido equilibrio, estabilidad y tranquilidad.
- ❖ ¿Qué premio reciben?
 - Heredarán la tierra. Feliz la persona entregada y dominada por Dios, pues estará en paz consigo misma, con su prójimo y con Dios, porque vivirá con la actitud del que está de viaje a la tierra prometida.
 - La tierra que heredarán los mansos no es igual a ésta, sino una tierra libre de pecado, de maldad y de dolor.
- ❖ “La mansedumbre de Cristo manifestada en el hogar hará felices a los miembros de la familia; no incita a los altercados, no responde con ira, sino que calma el mal humor y difunde una amabilidad que sienten todos los que están dentro de su círculo encantado. Dondequiera que se la abrigue, hace de las familias de la tierra una parte de la gran familia celestial” (DMJ, pg. 19).

D Felices los que tiene hambre y sed de justicia.

- ❖ ¿Quiénes son los que tienen hambre y sed de justicia?
 - Son los que anhelan que Dios haga justicia con la misma intensidad que el hambriento y el sediento anhelan un poco de comida o agua para salvar su vida.
 - Son personas imperfectas, falibles y pecadoras, que están sintiendo hambre y sed de la justicia de Dios para el perdón y justificación de sus propios pecados, y por los que son víctimas de las injusticias de nuestra sociedad.
- ❖ ¿Qué premio reciben?
 - Serán saciados. El Espíritu Santo satisface su hambre y sed de justicia llenando su vida y la vida de los que viven en su entorno con emociones y sentimientos positivos, de amor, de cordialidad, de tolerancia que colmarán su vida de felicidad.

- ❖ “Si en nuestra alma sentimos necesidad, si tenemos hambre y sed de justicia, ello es una indicación de que Cristo influyó en nuestro corazón para que le pidamos que haga, por intermedio del Espíritu Santo, lo que nos es imposible a nosotros” (DMJ, pg. 21).

E Felices los misericordiosos.

- ❖ ¿Quiénes son los misericordiosos?
 - Son los que expresan el amor compasivo de Dios en sus vidas.
 - Pase lo que pase amarán con un amor trascendente y fiel en cada momento. Es un amor compasivo, que salva y no condena. Es un amor que no se agota nunca. Es un amor que se manifiesta haciendo el bien a los demás.
- ❖ ¿Qué premio reciben?
 - Reciben la misericordia, la bondad y el amor fiel, eterno y trascendente de Dios.
- ❖ “Hay dulce paz para el espíritu compasivo, una bendita satisfacción en la vida de servicio desinteresado por el bienestar ajeno. El Espíritu Santo que mora en el alma y se manifiesta en la vida ablandará los corazones endurecidos y despertará en ellos simpatía y ternura... Y en la hora de necesidad final, los compasivos se refugiarán en la misericordia del clemente Salvador y serán recibidos en las moradas eternas” (DMJ, pg. 24).

F Felices los de corazón puro.

- ❖ ¿Quiénes son los de corazón puro?
 - Los que son fieles en los pensamientos y motivos del alma, libres del orgullo y del amor propio; humildes y generosos.
 - Son los que han sido justificados por la fe, cuyo corazón ha recibido la limpieza del perdón por medio del Espíritu Santo. Se mantienen en comunión diaria con Dios, para que sus intenciones, imaginaciones, emociones y deseos sean puros.
- ❖ ¿Qué premio reciben?
 - Verán a Dios. Los que se mantengan en comunión diaria con Dios, serán vestidos con las vestiduras blancas de la justicia de Cristo, entonces conocerán a Dios y serán felices por la eternidad.
- ❖ “En el que vaya aprendiendo de Jesús se manifestará creciente repugnancia por los hábitos descuidados, el lenguaje vulgar y los pensamientos impuros. Cuando Cristo viva en el corazón, habrá limpieza y cultura en el pensamiento y en los modales” (DMJ, pg. 25).

G Felices los pacificadores.

- ❖ ¿Quiénes son los pacificadores?
 - Son los que siembran la paz, la tolerancia y la sana convivencia, sin hacer concesiones, ni negar sus principios.
 - Son aquellos que buscan la paz con Dios.
 - Son los que se reconcilian con Dios, se reconcilian consigo mismo, y buscan reconciliar a sus semejantes.
- ❖ ¿Qué premio reciben?
 - Serán llamados hijos de Dios. Por la paz de Dios que se manifiesta en su vida y en sus acciones, las personas reconocerán que son hijos de Dios.
- ❖ “No hay otro fundamento para la paz. La gracia de Cristo, aceptada en el corazón, vence la enemistad, apacigua la lucha y llena el alma de amor... El corazón que está de acuerdo con Dios participa de la paz del cielo y esparcirá a su alrededor una influencia bendita. El espíritu de paz se asentará como rocío sobre los corazones cansados y turbados por la lucha del mundo” (DMJ, pg. 27).

H Felices los perseguidos por causa de la justicia.

- ❖ ¿Quiénes son los perseguidos por causa de la justicia?
 - Son los que sufren dificultades a causa de sus creencias religiosas, y de su forma pura de vivir (guardar el sábado, preservar las virtudes, defender el matrimonio bíblico, la libertad de conciencia, etc.).
 - Son los rechazados por su propia familia o por la sociedad a causa de su fe.
- ❖ ¿Qué premio reciben?
 - El reino de los Cielos. Si alguien es digno de que lo persigan por ser discípulo de Jesús, eso quiere decir que verdaderamente lo es, la persecución es su certificado de autenticidad, una especie de acreditación de su discipulado.
 - El que no teme sufrir por anunciar y vivir el evangelio que Cristo vino a traer al mundo es ciertamente una persona bienaventurada, feliz, porque participará del reino de los Cielos.

- ❖ “Aunque el Señor no prometió eximir a su pueblo de tribulación, le prometió algo mucho mejor... Si somos llamados a entrar en el horno de fuego por amor de Jesús, él estará a nuestro lado, así como estuvo con los tres fieles en Babilonia... Siendo participantes de los padecimientos de Cristo, están destinados a compartir también su gloria” (DMJ, pg. 29-30).

I Felices los que son insultados, maltratados y acusados falsamente.

- ❖ ¿Quiénes son insultados, maltratados y acusados falsamente?
 - Los que predicán a Jesús son, a menudo, insultados, maltratados o acusados falsamente.
 - Si nos mantenemos firmes, Dios puede usar estas malas circunstancias para que, a pesar de todo, muchos puedan conocerlo.
- ❖ ¿Qué premio reciben?
 - Tendrán una gran recompensa en los Cielos. Pensemos en el gran premio que nos espera y en que, en todas las circunstancias, Dios siempre está con nosotros.
- ❖ “Aunque la calumnia puede ennegrecer el nombre, no puede manchar el carácter. Este es guardado por Dios. Mientras no consintamos en pecar, no hay poder humano o satánico que pueda dejar una mancha en el alma. El hombre cuyo corazón se apoya en Dios es, en la hora de las pruebas más aflictivas y en las circunstancias más desalentadoras, exactamente el mismo que cuando se veía en la prosperidad, cuando parecía gozar de la luz y el favor de Dios. Sus palabras, sus motivos, sus hechos, pueden ser desfigurados y falseados, pero no le importa; para él están en juego otros intereses de mayor importancia” (DMJ, pg. 31).

J Esparciendo la felicidad a otros siendo la sal de la tierra y la luz del mundo.

- ❖ “Cuando Dios llama sal a sus hijos, quiere enseñarles que se propone hacerlos súbditos de su gracia para que contribuyan a salvar a otros” (DMJ, pg. 33).
- ❖ “El Salvador miró al grupo que lo acompañaba, luego al sol naciente, y dijo a sus discípulos: “Vosotros sois la luz del mundo”. Así como sale el sol en su misión de amor para disipar las sombras de la noche y despertar el mundo, los seguidores de Cristo también han de salir para derramar la luz del cielo sobre los que se encuentran en las tinieblas del error y el pecado” (DMJ, pg. 35).
- ❖ Jesús, el Salvador, es la única luz que puede disipar las tinieblas de un mundo caído en el pecado. Nosotros somos los mensajeros a través de los cuales esa luz llega a todas las personas.

Resumen: Tomando en cuenta que Dios nos ama, aceptamos sus valores y los compartimos con los demás.

No peleéis,
podéis arreglarlo
hablando



Bienaventurados



No es justo que se metan
con esa niña porque es nueva.
¡Voy a ser su amiga!



Bienaventurados

¡Qué pena, he vuelto
a hacer lo que a Jesús
no le agrada!



Bienaventurados

No te preocupes,
te perdono



Bienaventurados

Señor, ayúdame a no ser mala,
a querer a los demás, a no
pensar mal de nadie...



Bienaventurados

Aunque se
metan conmigo porque
he hecho lo que debía,
no me importa.
La Verdad es lo primero



Bienaventurados



Bienaventurados

Encuentra todas las personas que son felices según Mateo 5:3-11.

Busca también con qué nos compara Jesús cuando predicamos el evangelio (Mateo 5:13-14).

M	L	U	R	B	A	S	O	D	A	R	E	P	U	T	I	V
A	I	L	A	P	L	U	Z	D	E	L	M	U	N	D	O	S
R	M	S	T	O	N	A	S	U	S	E	J	A	N	N	S	I
C	P	I	E	B	R	A	Z	O	K	A	L	O	A	R	S	O
N	I	S	E	R	O	D	A	C	I	F	I	C	A	P	F	P
S	O	I	A	E	I	D	C	D	A	R	P	N	I	E	R	U
I	C	V	K	S	Ñ	C	U	E	L	K	D	P	U	R	I	Z
U	O	C	K	A	L	L	O	R	A	N	F	L	A	S	K	X
G	R	A	C	I	A	X	S	R	Y	J	T	A	R	E	L	O
P	A	O	L	N	U	O	P	O	D	A	R	S	I	G	A	N
R	Z	I	V	O	S	J	L	K	P	I	N	R	C	U	S	D
T	O	N	I	N	R	H	C	A	A	N	O	K	P	I	E	F
A	N	J	A	B	J	O	V	E	N	E	R	S	I	D	R	A
P	O	M	P	A	M	A	N	S	I	S	C	U	O	O	B	R
T	I	N	T	E	R	O	H	A	M	B	R	E	Y	S	E	D

Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios. (Mateo 5:9)

UNA PELEA EN EL ALTILLO

Por ROSELYN EDWARDS

SANDRA ayudó a la mamá a alisar el cubrecama azul. La cama adicional que había en el cuarto de Sandra estaba lista para su amiga. En esa oportunidad Norma no quedaría solamente una noche, sino seis noches seguidas, porque sus padres tenían que ausentarse por una semana.

A Sandra le resultaba muy agradable tener compañía

para ir a la escuela. Le encantaba la idea de abrir dos bolsitas idénticas a mediodía cuando comieran su merienda en la escuela, gozar luego de la compañía de Norma cuando regresaran a casa, y, por añadidura, compartir el cuarto con su mejor amiga.

-Qué lindo sería que fuéramos hermanas y pudiéramos vivir siempre en la misma casa -dijo Sandra.

-Eso sería formidable -estuvo de acuerdo Norma.

El sábado de mañana se alistaron para ir juntas a la escuela sabática y a la iglesia. El domingo de mañana, cuando se despertaron, se sintieron muy felices porque tenían por delante todo un día para jugar juntas.

-Con todo, no podemos jugar afuera -observó Norma-. Mira cómo está el tiempo. Era un día gris, lloviznaba y nevaba un poco. Se oía un sonido como de astillas de hielo que se quebraban contra los vidrios de la ventana.

-Yo sé lo que podemos hacer -dijo Sandra-. Subir al altillo y jugar con las muñecas de papel. Allí tenemos mucho lugar para extender nuestras familias de papel sobre los baúles y las cajas. Cerca de la chimenea hay un lindo rincón calentito para jugar a que tenemos una escuela o un hospital de muñecas.

Sandra y Norma habían jugado juntas con muñecas de papel desde que eran muy pequeñas, aún antes de que fueran a la escuela. Había ciertas cosas que siempre las hacían de la misma forma, ya fuera que jugaran en el subsuelo o sótano de la casa de Norma, o en el altillo de la casa de Sandra.

Cada una de ellas tenía sus muñecas de papel guardadas en una caja resistente, de modo que podían llevarlas de una casa a otra, y viceversa. Detrás de cada una de las muñecas de papel estaba el nombre de la muñeca y el de la dueña, y en esa forma nunca se les mezclaban.

Cuando comenzaban a jugar juntas, siempre extendían las muñecas de papel en una hilera sobre el piso. Luego se turnaban para elegir las muñecas con las cuales jugaría cada una. El día que jugaban en la casa de Norma, Sandra era la primera que elegía porque era la visita. Cuando lo hacían en la casa de Sandra, Norma era la primera.

Ese domingo de mañana a Norma le tocó elegir primero y escogió a la "Srta. Campanilla Azul". La Srta. Campanilla Azul era la muñeca que más les gustaba a ambas niñas. En realidad era de Norma, pero como siempre compartían sus muñecas y se turnaban para elegir las, Sandra jugaba con ella casi tanto como Norma. Era una hermosa muñeca rubia con grandes ojos azules. Tenía una gran colección de vestidos de papel. Hasta tenía un uniforme de enfermera. Si jugaban al hospital con las muñecas, la Srta. Campanilla Azul era la enfermera jefa. Y si jugaban a la escuela, la Srta. Campanilla Azul era la maestra. La niña que la escogía tenía que hablar por ella como maestra o como enfermera.

-Yo tomaré al Sr. Daniel -dijo Sandra. El Sr. Daniel era el más apuesto caballero entre todos los muñecos de papel.

-Y yo tomaré a Bárbara -anunció Norma, extendiendo la mano para tomar una muñeca de cartón.

-Yo elijo a Luisa -dijo Sandra.

Cuando ya se habían repartido todas las muñecas de papel, cada niña arregló por familias, en un lado del altillo, las que había elegido. Entonces las muñecas comenzaron a actuar. Ese domingo de mañana la Srta. Campanilla Azul sería la maestra y todos los muñequitos y muñequitas de papel irían a la escuela. Las muñecas que hacían de mamá se quedaban en la casa, lavaban los platos y tendían las camas, y los muñecos que hacían de papá se iban a trabajar.

Muchos de los que hacían de papá entre las muñecas habían sido recortados de catálogos y pegados luego sobre cartón, porque en los juegos de muñecas que habían comprado, casi no había hombres.

La mañana pasó volando y antes de que se dieran cuenta, el almuerzo estaba sobre la mesa. Después de la comida las niñas secaron los platos y luego se dirigieron de nuevo al altillo.

-Elijamos de nuevo las muñecas y juguemos esta tarde al hospital -sugirió Sandra.

-Muy bien -estuvo de acuerdo Norma, Y comenzó a poner en hilera las muñecas sobre el suelo para que luego cada una pudiera hacer su elección. Cuando todas estuvieron alineadas, les echó una mirada.

-Yo elijo a Srta. Campanilla Azul -dijo.

-Eso no es justo -objetó Sandra-. Esta mañana tú la elegiste.

-Bueno, cuando yo elijo primero significa que puedo elegir; ¿no es así?

-Pero esta tarde yo la quiero. No es justo que tú siempre elijas primero siendo que vas a estar aquí toda la semana.

-Pero esta muñeca es mía y yo soy la visita aun cuando esté toda la semana en tu casa. La visita siempre elige primero.

Sandra no tenía la intención de discutir con su mejor amiga; pero antes de que se dieran cuenta estaban peleando y en realidad se estaban gritando una a otra.

-Ojalá no estuvieras aquí -gritó finalmente Sandra-. ¿Por qué no te vas a tu casa? Yo no quiero que estés más en mi casa.

Al oír eso, los ojos de Norma se llenaron de lágrimas. Tiró las muñecas de papel que tenía en la mano, se dio vuelta y salió sin decir palabra.

Sandra recogió lentamente todas las muñecas de papel y las guardó en sus respectivas cajas. Le pesó mucho lo que le había dicho a Norma. Se propuso entonces seguir a Norma para decirle cuánto sentía lo que había hecho. Cuando terminó de guardar las muñecas, bajó del altillo y comenzó a buscar a su amiga, pero Norma no estaba en el dormitorio. Sandra fue a la sala, pero Norma no estaba allí. Fue entonces a la cocina, donde la mamá estaba horneando galletitas, pero allí no había ni rastros de Norma.

-¿Dónde está Norma? -preguntó Sandra.

-¿No estaba contigo? -le preguntó a su vez la mamá, mirándola-. ¿Tuvieron una pelea?

Sandra bajó la cabeza.

-Sí... Pero quiero decirle que siento mucho lo que le dije.

La mamá y Sandra registraron toda la casa. No pudieron encontrar a Norma por ninguna parte.

-Fíjate si su abrigo está en el guardarropas del vestíbulo -dijo la mamá. ¡El abrigo había desaparecido! Cuando el papá llegó a la casa, él y Sandra recorrieron las calles de alrededor, pero tampoco encontraron a Norma. Finalmente el papá detuvo el automóvil en el camino de entrada de su propia casa y, volviéndose a Sandra, solemnemente le dijo: -Esto es bastante serio. Nosotros somos responsables por Norma hasta que sus padres regresen y piensa qué terrible sería que le sucediera algo. Ahora quiero que me digas exactamente qué fue lo que le dijiste a Norma que la indujo a abandonar el altillo.

-Bueno... -Sandra no estaba dispuesta a contar. Al recordar sus propias palabras, aun a ella misma le parecían terribles.

-Continúa -dijo el papá-. Esto es sumamente importante.

-Creo que le dije que quería que ella se fuera a la casa -admitió Sandra. ¿crees?

-Yo... yo estoy segura que eso fue lo que dije.

-Entonces, vayamos a su casa.

El papá estacionó el automóvil en el camino de entrada de la casa de Norma, se apeó y trató de abrir la puerta del frente. Estaba cerrada con llave. Fue luego a la puerta de entrada del costado, que daba al garaje. Tampoco pudo abrirla. Sacudió la cabeza y comenzó a regresar al automóvil. Luego vaciló y regresó para mirar detrás del garaje. Sandra no pudo aguantar por más tiempo. Bajó del automóvil y siguió al papá.

Dio vuelta a la esquina de la casa precisamente a tiempo para escuchar al papá cuando decía:

-¡Hola!, ¿qué significa esto?

Norma estaba acurrucada en un rincón donde el garaje se unía con la casa. Tenía la cabeza entre las rodillas y estaba tiritando de frío, y sollozando.

-Norma -exclamó Sandra-, siento mucho lo que dije. Yo quiero que estés en mi casa. Perdóname por lo que te dije. No quise decirte que te fueras a tu casa -y Sandra también comenzó a llorar.

-Te llevaré al automóvil- dijo el papá a Norma-. Te llevaremos a nuestra casa y te pondremos en la bañera con agua calentita. Espero que no te enfermes por haberte mojado y enfriado.

-Yo también lo siento- dijo Norma cuando pudo hablar-. Debiera haber permitido que tú también jugaras parte del tiempo con la Srta. Campanilla Azul. Cuando Norma entró en calor, las niñas esparcieron de nuevo las muñecas de papel en el dormitorio. Esta vez jugaron tan pacíficamente como de costumbre. Cuando Sandra se siente tentada a decirle palabras hirientes a una amiga enseguida recuerda aquel día frío y lluvioso, y no lo hace.

“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos”.
(Mateo 5:10)

FUI ATACADO POR UNA TURBA

Por ROBERTO ODOM

ERA sábado de tarde. Me encontraba en una de las grandes ciudades de Europa. Juntamente con los jóvenes de nuestra iglesia de ese lugar, había salido para distribuir publicaciones que explicaban los males del alcoholismo. En cada folleto había un volante que anunciaba la conferencia que daría el domingo de noche.

Habiendo organizado a los jóvenes para que fueran de dos en dos a recorrer diversas calles de la ciudad, resultó que yo me quedé sin compañero. Pero no me importó. Me dirigí a mi territorio, que era una calle muy concurrida de la ciudad, y mientras caminaba pasaba los folletos a derecha y a izquierda, a todas las personas con quienes me encontraba. La calle estaba flanqueada a ambos lados por edificios de cinco a siete pisos. En cada edificio, en el piso que estaba al nivel de la calle, había una tienda o un negocio. Yo no pasaba por alto estos lugares, sino que entraba y repartía folletos entre las personas que allí estaban.

Al acercarme a la intersección de esa calle tan concurrida con uno de los principales bulevares de la ciudad, llegué a un bar. En ese bar se consumían bebidas alcohólicas de todas clases. ¡He aquí un lugar muy apropiado para distribuir mis folletos sobre temperancia! pensé. Y entrando, entregué un folleto a cada uno de los que estaban en el bar.

Entre las personas que estaban allí, noté especialmente la presencia de un hombre muy fornido, que se parecía más a un gorila que a un ser humano. Evidentemente se trataba del “guapo” del bar, hombre contratado por el dueño, para encargarse de cualquiera que se volviera rudo o pendenciero.

Acercándome a él, le entregué cortésmente el folleto. Luego regresé a la calle y continué con mi trabajo, caminando siempre en dirección al bulevar.

Había andado solo unos pasos cuando sentí que una mano pesada se me posó en el hombro por detrás, y tomándome firmemente del brazo izquierdo, me hizo girar de tal suerte que quedé mirando en dirección opuesta. Se trataba del guapo del bar, que se parecía a un gorila, quien con voz muy áspera y desapacible me ordenó:

- ¡Deme eso que lleva! – Y añadió –: ¡Ud. no puede repartir eso por aquí!

Le repliqué que los folletos eran propiedad personal, y que, de acuerdo con las leyes del país, yo tenía derecho a repartirlos. Afirmé que se los entregaría a un policía o a otro funcionario público que tuviera autoridad de investigar mi trabajo, pero que no podía entregárselos a él, porque tenía que distribuirlos.

- ¡Oh, sí, Ud. me los entregará! – replicó él.

- ¡Oh, no, no lo haré! – aseguré yo.

Y diciendo así, di media vuelta y continué andando y repartiendo folletos, a derecha y a izquierda, a todas las personas con quienes me encontraba.

De pronto volví a sentir que una mano pesada me tomaba por el hombro y me hacía dar media vuelta. Era el mismo hombre.

- ¡Deme esos papeles! – ordenó. Y sin más contemplaciones procedió a arrancármelos de las manos.

Cuando yo era muchacho había aprendido a luchar, y aún no me había olvidado de todas las tretas que aprendí. Naturalmente no tenía intención de lastimar al hombre, pero me había propuesto que, si podía evitarlo, no me dejaría quitar los folletos. El me llevaba ventaja, no solamente porque era fuerte, sino porque tenía ambos brazos libres, mientras que a mí me quedaba sólo un brazo para defenderme porque el otro llevaba una gran cantidad de folletos y mi Biblia. No me atreví a dejar mis publicaciones y la Biblia en la acera por temor a que el viento las volara o la gente las pisoteara.

En eso el guapo, dirigiéndose a los transeúntes que llenaban la acera, comenzó a gritar:

- ¡Este es un jesuita! – y me señalaba a mí para que todos vieran de quién se trataba.

Hasta ese momento, las personas que pasaban a nuestro lado no nos habían prestado ninguna atención. Pero ocurría que en esos días los jesuitas eran tan populares en esa sección de la ciudad, como la viruela. De hecho, se odiaba tanto a los jesuitas, que algunos revoltosos se habían levantado hacía pocos meses y habían quemado dos conventos jesuitas de las inmediaciones. De modo que las palabras: “¡Este es un jesuita!” actuaron como el rayo que desencadena una tormenta de verano. Pareció como si de pronto toda la gente de la calle se hubiera convertido en una turba salvaje y furiosa que llegando de todas las direcciones, se apretujaba, para alcanzarme, al mismo tiempo que gritaba: “¡Péguenle! ¡Péguenle duro! ¡Apaléenlo!”

Evidentemente, no habían visto la necesidad de averiguar si yo era jesuita o no, sino que dieron por sentado lo que mi protagonista decía. Mientras tanto él y yo estábamos trabados en lucha: él tratando de arrancarme los folletos y yo aferrándome a ellos con todas mis fuerzas. La gente que vivía en los pisos altos de los edificios que bordeaban ambos lados de la calle, acudió corriendo a las ventanas y a los balcones para ver qué ocurría. Miré en ambas direcciones, pero no divisé un solo policía. ¡Pueden imaginarse cómo me latía el corazón! Se me pusieron los cabellos de punta y oré fervorosamente para que el Señor me ayudara en ese momento de peligro. En el instante

preciso en que la turba estaba arremetiendo contra mí para golpearme, otro hombre enorme, de casi dos metros de altura, se abrió paso gritando:

- ¡Ese es un judío! ¡Ese es un judío! – y levantó el puño con la intención de arrancarme la cabeza de un solo golpe. Afortunadamente, cuando él dio el puñetazo, el guapo me dio un violento tirón con la esperanza de hacerme soltar los folletos, que aún no había logrado sacarme. El tirón que me dio me hizo girar tan bruscamente, que intercambiamos lugares. Y como consecuencia, el puñetazo que venía dirigido a mí, fue a dar precisamente en la nariz y en la boca del guapo. El golpe fue tan tremendo, que el hombre cayó de espaldas, y tuvo que soltarme. Yo también caí de espaldas y, desgraciadamente, en manos de la turba. Un hombre me arrancó los folletos, y comenzó a correr por el callejón angosto que separaba dos grandes edificios. Mientras corría, incitaba a gritos a la turba para que lo siguiera, llevándome al callejón, con el fin de golpearme allí.

Los componentes de la turba, que me tenían agarrado por los pies, las piernas, los brazos y la cabeza, gritaban: “¡Lléveslo al callejón y peguémosle con palos! ¡Démosle una buena tunda! ¡Una buena zurra!”.

Yo seguía orando fervorosamente.

Entonces, dirigiéndome a la turba, dije:

- Yo hago mi trabajo a plena luz del día, donde la gente puede verme. No me avergüenzo de lo que he estado haciendo. Si Uds. no se avergüenzan de lo que van a hacer conmigo, si no son sólo unos cobardes, entonces péguenme aquí en la calle, donde he trabajado. Lo que yo he estado haciendo, es legal. No hay ninguna ley que prohíba a la gente leer estas publicaciones, y no me avergüenzo de lo que he escrito en ellas.

La turba estaba tan excitada y se empujaban unos a los otros de tal manera, que no avanzaban mucho en su marcha hacia el callejón.

De pronto, el hombre que me había quitado los folletos regresó corriendo y gritando:

- ¡Esperen! ¡Esperen! ¡Ha habido un error! ¡Aquí ha habido un error! Esta no es una publicación jesuita. Es una buena publicación. Habla de los males de la embriaguez y del vicio. Eso es precisamente lo que nosotros necesitamos, porque la mayor parte de nosotros está gastando su dinero en cosas que dañan la salud y empobrecen a la gente ¡Ha habido una equivocación! ¡Esta es una buena publicación!

Cuando la turba oyó esas palabras, me soltó y de nuevo pude pararme sobre mis pies. Entonces abrieron paso al hombre, quien se acercó y me arrojó en los brazos la pila de folletos y mi Biblia. Ahora la turba se volvió de nuevo hacia mí, pero esta vez gritaban:

“¡Deme uno! ¡Deme uno! ¡Deme uno a mí también!”

Y en su desesperación por conseguir uno de los folletos que yo tenía en mis manos, se empujaban sin consideración, y cuando alguien lograba tomar uno de los folletos por un extremo, otro alcanzaba a tomarlo por el otro, y lo despedazaban. Y lo que es peor, en su intenso deseo de conseguir las publicaciones que yo tenía, estaban a punto de hollarme bajo sus pies.

De nuevo oré fervorosamente. En eso noté que el viento soplaba en una forma inusitada en dirección al bulevar.

Entonces se me ocurrió lo que debía hacer. Di un salto en el aire tan alto como pude, y tiré los folletos al viento, el cual los tomó en sus alas, y los esparció como hojas de otoño por ambos lados de la calle. La turba se volvió entonces hacia donde volaban los papeles, tratando de tomar uno, y me dejó.

Mirando en la dirección opuesta, noté que la calle había quedado prácticamente despejada. Me apresuré a alejarme de la escena del tumulto como conejo asustado, y me dirigí a mi casa. Cuando llegué a casa estaba casi sin aliento, y lo que me había ocurrido debe haberse reflejado en mi cara, porque mi esposa me preguntó qué me pasaba. Le conté entonces cómo el buen Señor me había librado de la muerte a manos de la turba.

Unas semanas más tarde, una mañana, como a las tres o las cuatro de la madrugada, cuando todavía estaba oscuro, me reuní con un grupo de catorce personas que habían aceptado la verdad. Nos habíamos dado cita en un remanso que formaba un río pequeño. Habíamos llegado a diferentes direcciones, de a uno o de a dos, para no despertar sospechas. Nos acompañaban algunos de los dirigentes y de los miembros de la iglesia del lugar. El propósito era celebrar un servicio bautismal.

Procuramos guardar el más completo silencio. No se cantó ni se predicó, porque no queríamos ser atacados de nuevo por una turba. Ocultos tras las espadañas y los arbustos que allí crecían, celebramos el bautismo, y cada vez que bautizaba a uno de los queridos catecúmenos, pronunciaba una oración en voz muy baja.

Aunque nuestra labor para ganar almas para Cristo se había visto obstaculizada por tumultos, y había tenido que enfrentarse con peligros, no había sido en vano.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. (Mateo 5:7)

EL NUEVO COMPAÑERO DE JUEGOS

Por GARNET MANRING

ROLANDO y Enrique tenían un carro rojo, nuevecito. Esa mañana jugaron todo el tiempo afuera, con el carro.

Primero Enrique llevaba a Rolando, y luego éste a Enrique. A veces los dos apoyaban una rodilla en el carro y con el otro pie lo empujaban a lo largo de la acera. En el patio de adelante había una bajada y uno al otro se llevaban en el carro, empujándolo por el declive. Se estaban divirtiendo en grande. La mañana se les pasó volando y muy pronto llegó la hora de comer.

-Esta tarde van a tener un huésped -les anunció la madre cuando entraron a comer-. Tía Etna va a traer un muchacho vecino suyo para que juegue con Uds.

-¡Qué bueno! Nos vamos a divertir con otro más para jugar con el carro nuevo -dijo Enrique.

Y Rolando también se alegró.

Pronto terminaron de almorzar, lavaron los platos y los guardaron. Luego los muchachos salieron para jugar con su carro, pero decidieron volver a la casa para esperar su visita. Al entrar en la cocina vieron que en ese momento llegaba la tía Etna. Notaron que se bajaba del carro y daba la vuelta al otro lado para abrirle la puerta al muchachito que había venido sentado a su lado.

"Ese muchachito no es muy cortés -pensó Rolando-. Papá y mamá siempre nos dicen que a nosotros nos toca abrir las puertas para las damas".

Entonces ocurrió algo raro. El muchachito se deslizó fuera de su asiento, se arrojó al suelo y comenzó a gatear hacia el carro rojo.

-Ven adentro a saludar a Rolando y a Enrique, y a su mamá antes de ir a jugar, Teodoro -le dijo la tía Etna ayudándolo a subir los escalones.

Rolando y Enrique comenzaron a reírse.

-¿Por qué no se pone de pie y camina? -le preguntaron a la madre mientras lo observaban.

-Parece un bebé -dijo Enrique.

-Vengan a ayudarme a preparar limonada -les pidió la mamá-. Tráiganme los vasos.

Mientras los muchachos le ayudaban a preparar la limonada, la mamá les contó brevemente la historia de Teodoro.

-Cuando Teodoro nació, la parte inferior de su cuerpo estaba paralizada. Los médicos le dijeron a la mamá que era parapléjico. Nunca podría llegar a caminar como Uds. lo hacen, correr o jugar a la pelota, ni hacer ninguna de las cosas que tanto les gusta hacer a los muchachos sanos. Ni siquiera podría llegar a hablar como un niño normal. Pero, no obstante, es un muchachito alegre, y le va a gustar andar en el carro nuevo si Uds. lo llevan.

-Ven, Enrique -dijo Rolando-. Ayudemos a Teodoro a bajar los escalones y a subir al carro y vamos a dar un paseo.

Mientras la mamá y la tía Etna conversaban, escuchaban la risa feliz de los tres muchachos.

Cuando llegó el momento de despedirse, Rolando dijo:

-Ven otra vez, Teodoro. Nos hemos divertido mucho jugando contigo.

-Sí, ven -repitió Enrique.

-Muchachos -dijo la madre rodeándolos con sus brazos-, me alegro porque se portaron tan bien con Teodoro. Y estoy segura de que Jesús también se alegra por eso.

-Estoy contento -dijo Enrique-. Yo pensé que era gracioso ver a un muchacho grande gateando como un bebé, pero cuando supe que era parálítico, quise ayudarlo. Realmente nos divertimos mucho con Teodoro. Es tan fácil hacerlo feliz.